



ERA MENESTER

Jesús Grisaleña Galdos (Erpin)

ERA MENESTER



Primera edición: julio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Grisaleña Galdos (Erpin)

© Diseño de portada: Zuriñe y Nerea Grisaleña Corcuera

ISBN: 978-84-10400-16-0

ISBN digital: 978-84-10400-17-7

Depósito legal: M-17626-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Miren, Lur, Concha, Ángel, Marisol, Pilar, Jabo y Patxi, mis profes
de Escritura, de los que debería haber aprendido mucho más.*

A los amigos de Sábados al monte, protagonistas involuntarios de esta historia.

A los vecinos de Erriberagoitia/Ribera Alta, mi paisaje y paisanaje.

A todas las personas que me han ayudado en la corrección del texto.

ÍNDICE

MI PUEBLO	13
ENTRADILLA.....	15
REDACCIÓN.....	17
EL TIEMPO	18
LA TERTULIA.....	19
GARRAPATAS.....	20
EL JABALÍ	21
EL GARAJE.....	22
CIRUGÍA.....	23
LA MULTA	24
REENCARNACIÓN	26
EL COCHE FANTASMA.....	27
EL NORTE.....	29
EL MÓVIL.....	30
EL TREN.....	31
MINUTOS PARA LA PUBLICIDAD	32
EL PASO A NIVEL	33
LOS TOMATES.....	35
TROBES EXISTE	37
EL TRÍPTICO	39
EL WHATSAPP	40

LA GATA PERDIDA	42
A PROPÓSITO DE GATOS	43
EL GATO SALVAJE.....	44
LAÍSMO PRENOMINAL	45
REMANSO DE PAZ	46
HUEVOS CON DOS YEMAS	47
LA DOCENA INCOMPLETA.....	49
LA CASA DE LA BENITA	50
INMORTALIDAD	51
DOS CEREMONIAS EN UN DÍA.....	53
EL COCHE FANTASMA (II).....	55
LOS LÍMITES DEL PUEBLO	56
ZULUETA.....	57
EL BANCO.....	59
LAS PIEDRAS DE TXUS	61
INTELIGENCIA ARTIFICIAL.....	63
LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE JESÚS.....	65
EL NUEVO ALCALDE	66
LOS MOTES.....	67
VÍA CRUCIS.....	69
PÁJARO DE MAL AGÜERO.....	71
GIRASOLES.....	73
HUERTO SOLAR.....	75
GASOLINERA SIN.....	77
LA SEGUNDA PERSONA.....	79
EL CHUPA CHUPS	80
A VUELTAS CON LA GASOLINA	82
EL COCHE FANTASMA (III)	84
HISTORIAS PARA NO DORMIR.....	86

EL ORDENADOR.....	88
CALABOBOS.....	90
EL ARGENTINO	92
EL MUNDO ES UN PAÑUELO	93
FENÓMENOS EXTRAÑOS	95
EXAGERACIONES	96
LA LEY DEL MÍNIMO ESFUERZO	98
VISITA CULTURAL A LA RIOJA	99
EL LADRÓN DE FLORES.....	101
LAS PERSEIDAS.....	102
LA PESADILLA DEL COVID-19 O LA COVID-19	104
MASCOTAS (I).....	106
MASCOTAS (II).....	107
MASCOTAS (III)	109
DAKOTA.....	111
BIZUM.....	112
COMPARTIR.....	114
LOS TALIBANES.....	116
UNA BURRADA	118
EL LADRÓN DE FLORES (II).....	120
PAN DE VERDAD.....	122
PASO A NIVEL SIN BARRERAS	124
EL MARCAPASOS.....	126
EL CONCEPTO.....	128
CORAZÓN <i>PARTÍO</i>	130
NEGATIVISMO.....	132
DE EXCURSIÓN.....	134
FIESTAS DE LA PATRONA.....	136
ADELANTE.....	138

ENNIO MORRICONE	140
A VUELTAS CON EL PASO A NIVEL	142
LAS PIPAS.....	144
RUTILIO	146
LA FUGA	148
LA MOCHILA VASCA.....	150
LÍMITES DE LA RAZÓN	152
LA COSTILLA DE ADÁN	154
A VUELTAS CON LOS PRIMEROS PADRES	156
TONTOLBOTE	159
LOS COMEDIANTES	162
DEsIGUAL.....	164
DE NUEVO EL GÉNESIS.....	166
FALLO ELÉCTRICO	168
LAS MONEDAS DE DOS EUROS	170
LA ESPADA DE DAMOCLES	172
MOJO PICÓN.....	174
LA PERRA QUE LADRABAA LOS AVIONES.....	176
SUSTO EN LAS PISCINAS.....	178
RUFUS.....	180
CIELO E INFIERNO	182
ERA MENESTER	184
EPÍLOGO	187

Dadme un punto de apoyo y transformaré la realidad (JGG)

MI PUEBLO

Mi pueblo se llama Trobes. No miréis en Google Maps, porque no lo encontraréis. No le preguntéis a Siri, porque nunca os llevará a destino. Trobes es el pueblo de mi infancia donde hacíamos guerra de castañas y robábamos peras al alcalde; es el pueblo de mi edad adulta donde en verano huyo del trajín de la ciudad; es el lugar literario donde veranean las musas, ese espacio no limitado por los puntos cardinales, sino por los puntos suspensivos.

Es curioso. Los gorriones que corretean en el cielo de Trobes son los mismos que juegan al escondite en Obaba; los árboles que escoltan el río en Trobes son similares a los que pueblan la selva en Macondo; las nubes que llegan del norte en Trobes son idénticas a las que avanzan desde el sur en Comala. Solo los latidos, que a veces se vuelven texto, tienen un palpitar distinto en este pequeño escondite, llamado Trobes.

Hay quien reconocerá en él el mismo paisaje e idéntico paisaje del que disfruta la localidad de Pobes. Este lugar sí lo hallaréis en el mapa, este sí limita al norte y al sur, al levante y al ocaso; este tiene tren y río, ayuntamiento y bares, iglesia y piscina. Este es también, por supuesto, mi pueblo.

Pues bien, por este escenario real y ficticio, material y etéreo, van desfilando, en orden de aparición, el labrador con su remolque, la vigilante de la piscina con el silbato, el médico con el batín, la vecina con su pastor belga, el vendedor con su megáfono, la camarera con su bandeja y los amigos con la mochila y la bota. A veces,

entran también en escena los fantasmas que tienen refugio en el trastero, los delirios que emergen de regiones ocultas, los vampiros que anidan en los tejados, los jabalíes que bajan del monte y las chanzas que reparten sonrisas.

En mi pueblo se disfruta de una copa de vino, un baño en la piscina, una excursión al monte, un paseo en bicicleta, una conversación a la luz de la farola y los mejores tomates del mundo. Y, sin dejar de saborear la vida, no se olvida la amenaza del virus que nos condenó a arresto domiciliario, las tormentas que pueden arruinar la cosecha, los incendios que devoran el bosque, los mosquitos que nos chupan la sangre y otras muchas amenazas (el colesterol, la guerra, el desempleo...) que se orillan durante unos meses, antes de que llegue otro otoño caliente.

En mi pueblo, como en Obaba, Macondo o Comala, me despierta el gallo. No necesito despertador.

ENTRADILLA

Este librito, si alguna vez llega a tus manos, podría haber tenido otros títulos: *Un punto de apoyo*, *Infiel de fechos* o *Serpientes de verano*, por poner algunos ejemplos. En todos ellos la intención hubiera sido advertirte de que el plato que se iba a servir tenía una primera base de realidad, como la masa madre de la *pizza*, pero que se le habían ido añadiendo diversos ingredientes de ficción, de tal forma que el producto final terminaba resultando una menestra de anécdotas, un revuelto de historias o una macedonia de peripecias, donde los sabores originales quedaban de alguna manera camuflados.

En efecto, las cosas que aquí se cuentan tienen como punto de partida hechos y experiencias personales que trascurrieron en los meses centrales del verano de 2021, periodo en el que el personal andaba algo desorientado por los estragos médicos y mediáticos de la pandemia, sin saber aún si el COVID-19 se quedaba con nosotros definitivamente o si estábamos asistiendo a sus últimos coletazos.

En cualquier caso, las restricciones de movilidad dictadas por la autoridad competente favorecieron en muchos casos que los pueblos pequeños cercanos al lugar de residencia habitual adquirieran un mayor protagonismo. Trobes, la localidad transformada donde se centra esta historia, es uno de esos pueblos, posiblemente ni el más importante, ni el más insignificante, pero, eso sí, el espacio literario en que yo he vivido, he sentido o soñado, y el que me gustaría, que esté donde esté y se llame como se llame, sea también el lugar, el topos que dicen los entendidos, en el que confluyan mis

vivencias como autor con tus propias experiencias de lector.

El título que finalmente ha quedado —*Era menester*— se aclara de alguna manera al final del texto y, como no quiero hacer *spoiler*, o sea, destriparlo, solo diré que hace referencia a ese impulso inexplicable que mueve a este escritor a sentarse al ordenador para teclear sus ocurrencias.

Una cosa más. Los clásicos, un tal Horacio, creo, afirmaban que la literatura tiene el doble propósito de instruir y deleitar. ¡Qué más quisiera yo que alcanzar esas dos grandes metas! De momento, me conformo con que el lector, o sea, tú, no me abandones a medio libro, hartado de mis elucubraciones.

Y ya para terminar: las historietas que a continuación te ofrezco tienen un cierto orden cronológico, algo así como si fuera un diario inconstante que fui escribiendo a lo largo de los meses de julio y agosto. Puedes leerlo, por tanto, de principio a fin, por orden de aparición, pero tú, que eres en realidad el que corta el bacalao, puedes seguir tu propio método, atraído tal vez por el título de un capítulo, por tu intuición o por el simple azar. Nada más. Espero que te guste. Así sea.

REDACCIÓN

Como un turista con pantalón corto, calcetines con sandalias y cámara réflex, voy a plasmar aquí mis impresiones de las vacaciones en Trobes, pensando tal vez en aquella redacción que don Pablo nos pedía el primer día de clase tras el periodo vacacional. Puede ser que entonces, cuando era un niño, sintiese por primera vez ese gusanillo del escritor principiante, enfrentado a una hoja en blanco y al lápiz rojo del maestro que tachaba las palabras ortográficamente mal escritas.

«Las vacaciones son bonitas —pude escribir entonces—. En vacaciones voy al pueblo y me lo paso muy bien. Jugamos a guardias y ladrones, al escondite, a la banda, a pillar y a otras cosas, y me lo paso muy bien —Aquí el profesor me hubiera dicho que repito la misma frase dos veces—. Un día fuimos al río y nos bañamos y cogimos un barbo, que se lo llevó Manolín a su casa. Era muy grande. El barbo. Porque Manolín era el más pequeño de la panda, aunque era el que mandaba y jugábamos a lo que él quería. Y esto es lo que puedo decir de las vacaciones, que son muy bonitas —Ahora el maestro me hubiera dicho que eligiese un sinónimo de bonitas—».

Sesenta años después, ya no jugamos a guardias y ladrones, ni vamos al río, pero tenemos una piscina estupenda, aunque el agua no está tan estupenda —como veis, me sigo repitiendo—, especialmente en los días nublados que amenazan lluvia. Hoy es un día de esos, tristes, grises y fríos en los que es preferible ponerse a escribir que ir a nadar. Nadie diría que estemos en julio. Miro por la ventana desde la mesa, donde escribo, y perfectamente podíamos estar a finales de octubre.

EL TIEMPO

El tiempo es uno de los temas recurrentes cuando por las tardes quedamos los amigos. Hoy, 8 de julio, ha dicho Charo que estaba pensando en encender la chimenea; y no es extraño. Yo mismo llevo un jersey gordo de cuello alto mientras tecleo, aunque debo advertir que soy un friolero de cuidado.

Cuando pongo la televisión y hablan de la ola de calor que está asolando toda España, siento que no pertenezco a esa nación que excluye meteorológicamente a todo el norte peninsular. Pero aquí, en Trobes, también hace calor a veces, no crean, y entonces el tema de conversación gira sobre las altas temperaturas y el calentamiento global y que esto no es normal y que ya no sabe uno qué ponerse, con estos cambios.

A veces pienso que las conversaciones meteorológicas son las únicas que pueden sostenerse en nuestra sociedad sin riesgo de llegar a las manos. Y ello por un importante motivo: el tiempo, aunque todo se andará al paso que vamos, no está sujeto a la intervención humana. Me explico. Lo que quiero decir es que aún no está en nuestras manos decidir el día que hará mañana. ¿Se imaginan que fuese verdad lo que se afirma en la canción de Kortatu *La asamblea de majaras se ha reunido, la asamblea de majaras ha decidido: 'Mañana sol y buen tiempo'*?

Si ahora no llueve a gusto de todos, en el supuesto de que las decisiones atmosféricas estuvieran en manos de los políticos, es posible que no lloviese a gusto de nadie.

LA TERTULIA

Las tertulias vespertinas en el bar son la fuente principal de noticias, opiniones y chascarrillos de la que se surten estas notas estivales. Habitualmente nos juntamos en la terraza del bar y charlamos y contamos chistes y reímos, pero, a medida que vamos entrando en esa incierta edad, que algunos califican de tercera y otros de propecta, las conversaciones tienden a girar en torno a enfermedades y males, especialmente en estos momentos aciagos en los que el puñetero virus campa por sus fueros. Y ahí andamos, que si suben, que si bajan los contagios, que si la mascarilla, que si los jóvenes, que si las alarmas, que si las vacunas... Es un tema inacabable. Y cada uno termina retratándose, el que critica siempre a los políticos en general, el que elige a su cabeza de turco preferido, el que subraya el robo de las farmacéuticas, el que cree que nos están tomando el pelo y el que cuenta lo que le pasó al vecino del quinto, que estuvo dos meses en la UVI y le ha quedado el COVID-19 persistente. Los días más depresivos ni el vino, ni la cerveza consiguen evitar el recorrido por los achaques de cada uno, que si la pierna, que si la rodilla, que si el azúcar, que si la tensión. De vez en cuando, un chiste rompe esta tendencia negativa. Una señora va al médico y dice a este que le duele mucho la rodilla. «Eso es desgaste, por la edad», dice el doctor, a lo que la paciente responde: «Pues la otra rodilla tiene la misma edad y no me duele».

GARRAPATAS

Un *leitmotiv* que no falla año tras año es el de las garrapatas. La teoría dominante es que estos bichitos ya no tienen vacas, ni caballos que atacar, y se ceban en los excursionistas ocasionales o habituales que nos aventuramos a subir al monte o a adentrarnos en el bosque. Yo mismo, perdonad que hable de estas intimidades, ya he tenido que extraer tres garrapatas vampiras que han encontrado acomodo en mi piel urbanita. Con las lecciones aprendidas en nuestra tertulia diaria, he conseguido desarrollar todas las técnicas necesarias para deshacerme de estos pequeños chupópteros. Con un poco de aceite, en el que las garrapatas patinan, y unas pinzas de depilar son suficientes, eso sí, teniendo especial precaución de que el bichito no deje la cabeza o las patas en la herida, porque a veces estos insignificantes insectos pueden provocar enfermedades muy graves y siempre hay uno que conoce la historia de Eustaquio, el de Traicedo, que empezó a notar unas molestias cada vez mayores y los médicos no sabían lo que era hasta que un médico le preguntó por su profesión, soy ganadero, y el médico pensó que podía ser una garrapata la causante de sus males y que... No recuerdo bien si el tal Eustaquio murió finalmente por culpa de la garrapata o por un infarto de miocardio; el caso es que cada día les tengo más miedo a todos los bichos pequeños, se llamen garrapatas o coronavirus.

EL JABALÍ

Ya empezaba a pensar que, efectivamente, en el reino animal el tamaño no importa, cuando ocurrió la historia del jabalí. Se la cuento. Es la ventaja de escribir, que puedes contar lo que quieras sin que nadie te interrumpa o cambie de conversación o te diga que eres un *palizas*, que ya has contado la historia cinco veces. Pues resulta que un día, más bien una noche, a eso de las tres de la madrugada, veníamos de urgencias, que esa es otra historia, y ya nos acercábamos al pueblo cuando un jabalí, despistado o deslumbrado por las luces del coche, me salió al encuentro, vamos, que se me presentó delante del vehículo y no pude evitar darle un fuerte golpe con el parachoques de mi Volkswagen Passat gris metalizado.

Todo pasó en un eterno abrir y cerrar de ojos. Un jabalí de unos treinta kilos, a decir de los expertos del lugar, se interpuso en mi camino desde el lado derecho de la carretera. Me fue imposible frenar y se oyó un golpe seco que dio inicio a una secuencia en cámara lenta en la que el jabalí daba varias vueltas por el aire y aterrizaba finalmente en la cuneta del lado contrario. Con la esperanza de que el animal hubiera sido herido levemente en una pata y pudiera refugiarse al fin en su guarida, continué mi camino hasta casa, que ya era hora.

EL GARAJE

Una vez aparcado el coche y con la escasa luz de la linterna del móvil, advertí enseguida que mi embellecedor del lado derecho había desaparecido. No reproduzco la imprecación. Al día siguiente, a la luz del día y más calmado, comprobé que el parachoques había quedado desplazado y que el intermitente latía a más pulsaciones de las debidas. Taquicardia automovilística, pensé yo. «Eso es del golpe —dijeron en el garaje—, hay que cambiar el faro derecho». Empecé a sumar. Un embellecedor del lado derecho, otro del central, un faro, la carrocería, la mano de obra. Una pasta, concluí. La estimación de los del garaje, cuando me llamaron horas después, fue de un total de 285 €. Eso sin abrir, porque si encontraban algo dentro, la broma podía ser mayor.

CIRUGÍA

A veces pienso que los garajes son como los hospitales, y las carrocerías, como la sección de Traumatología. Me imagino al carrocerero-cirujano abriendo el vehículo: A ver qué nos encontramos. Un tornillo suelto, un eje doblado, un aplastamiento del cigüeñal. Por suerte, la cosa no era demasiado grave, solo chapa y pintura: 285 €, según diagnóstico.

Por cierto, el jabalí apareció muerto en la cuneta al día siguiente y unos convecinos, al parecer, avisaron a la Policía Foral para que lo retiraran.

Estoy viendo al jabalí, que en gloria esté, carcajeándose en el más allá: «Mi muerte no fue en vano». Destrocé una máquina, representante del progreso humano, generadora de polución atmosférica y asesina de animales inocentes. ¡Ojalá el dueño y su máquina de matar se vayan al infierno!

No podía quedarme impasible ante estos supuestos malos deseos del jabalí hacia mi persona y mi Passat gris metalizado. Por eso, el otro día en el restaurante de Trescota donde celebramos el cumpleaños de mi suegra no lo dudé a la hora de elegir el menú. Pochas con hongos y estofado de jabalí. Disfruté doblemente: además de que estaba delicioso, tuve la placentera convicción, al igual que los caníbales de África, de que había conseguido derrotar al alma de mi enemigo, comiéndolo y masticándolo.

LA MULTA

No estoy seguro de haberlo logrado, porque, al poco de recoger el vehículo del garaje, tras pagar religiosamente los 285 € que se me han quedado grabados en las meninges, recibí una llamada de Chema, un vecino, que me invitaba a tomar un vino. Yo estaba de camino ya hacia el pueblo, pero hice un giro de ciento ochenta grados para aceptar la invitación. Como no encontré aparcamiento cerca del bar, dejé el coche montado sobre la acera y pedí un blanco. Con el vaso en la mano, hablamos de lo divino y humano. No me pregunten exactamente de qué, pues el alcohol y la memoria no se llevan muy bien. Luego pedimos otro vinito. Cada trago fue acompañado con un *pintxo*: uno de huevo con gambas y aceitunas, y otro de *foie*, que por esos caprichos del destino se lee 'fua'. Pues, bien, mediado el segundo vaso, aparecieron los municipales con su uniforme reglamentario y su coche patrulla, igualmente reglamentario. Me acerqué al vehículo infractor, mi querido Passat gris metalizado, y me deshice en disculpas ante los locales: «Ha sido solo un momento, estaba aquí con un vecino, ya me voy...». Utilicé todas mis armas más persuasivas, salvo eso de llamarlos «agentes», pero no sirvió de nada y comenzó el interrogatorio:

—¿De dónde venía usted exactamente?

Opté por decir la verdad:

—De ese bar.

—¿Cuánto vino ha bebido?

—Un vino y medio.

—Si dice la verdad, no creo que le dé positivo, pero tenemos que hacerle el control de alcoholemia, caballero.

Las imprecaciones no llegaron a cruzar el umbral de mis labios. Mi cerebro circulaba a mil revoluciones. Estuve a punto de contarles toda la historia, que llevaba una mala racha, que había tenido que ir a urgencias, que había atropellado a un jabalí, que venía del garaje..., pero me pareció tan propio de un guion berlanguiano o almodovareño, aunque creo que este último adjetivo no está aceptado por la RAE, que me limité a callar. Solo pregunté:

—¿Cuál es el límite para que dé positivo?

—0,25; y tenga en cuenta que, si da positivo, no podrá usted co-ger el coche y o alguien se lo aparca o tendrá que llevarse la grúa.

Ante mí se empezaba a abrir un abismo. Menos mal que no tuve tiempo de hundirme en él, porque enseguida llegó otro coche con el correspondiente aparato para medir el grado de alcohol.

—Sople.

Y soplé.

—0,18.

Resoplé, esta vez aliviado. No había dado positivo.

—Pero le tengo que sancionar por aparcamiento indebido. Le voy a aplicar la sanción más leve, dada su actitud y colaboración con la autoridad. 45,50 €, que se quedarán en 22 € por pronto pago.

Recogí el papelito de la multa, me despedí de Chema, que desde el bar asistía atónito a la escena, y me alejé de allí, no sin dejar de pensar que el espíritu del jabalí se vengaba de mí por mi canibalismo culinario.

REENCARNACIÓN

Todos los días voy a la piscina. Casi. Bueno, solo los días que hace bueno, que vienen a ser algo así como la mitad. Un día bueno, otro malo y así, como el intermitente de mi coche, que, por cierto, ya ha recuperado su pulso normal.

El baño me refresca, me relaja, pero, como la dicha nunca es completa, resulta que el otro día me picó un tábano. El que se queja de la vacuna, llámese Pfizer, Moderna o AstraZeneca, no sabe lo que es la picadura de un tábano. Es como si el bicho te introdujese su aguijón o te mordiese, que no estoy muy seguro de cómo atacan los tábanos, con todo su veneno y su mala baba. Tengo todo el brazo dolorido y un círculo rojizo por el que todo el mundo me pregunta, con lo que tengo que repetir una y otra vez la historia del tábano y oír las mismas bromas. De hecho, estoy empezando a pensar que estas impresiones veraniegas son una forma de contar la historia del tábano, del jabalí y de las garrapatas, sus causas y consecuencias, para que conste donde proceda.

Porque me ha dado por pensar que todo el mundo animal se ha confabulado contra mí, que el jabalí se ha reencarnado en tábano y me ha atacado en plan kamikaze para volver a renacer en forma de garrapata y seguir acribillándome.

Lo he consultado con un amigo psicólogo, que también veranea en el pueblo, y me ha dicho que lo mío es normal, que solo es insectofobia, que se me pasará cuando vuelva a la ciudad, que me aplique un spray contra los bichos y que él no cree en la reencarnación, especialmente si esta va orientada a vengarse de otro miembro de la creación.

Os juro que tan tranquilizadoras palabras me han puesto aún más nervioso y suspicaz.

EL COCHE FANTASMA

Delante de casa, junto a la verja, ha aparecido de repente un coche azul de matrícula Z-1877-AS, al que han despojado de los distintivos de marca, por lo que no sé si es un Opel descatalogado o un Lada ruso de la Guerra Fría. Pero, eso sí, resulta inquietante. Pasan los días y el coche sigue ahí. Da la impresión de que quiere permanecer en la calle hasta que venga la Ertzaintza y se lo lleve al cementerio de coches, que es donde reposan los autos fallecidos. Yo he mirado a través de la ventanilla a ver si aún respira, pero resulta que en el asiento del copiloto descansa un alternador, un transformador o una pieza eléctrica no identificada que debería ser un órgano esencial para la vida de un coche y que no está donde debe estar.

Inquieto por esa extraña aparición que desvela mis sueños, he sabido que un grupo de jóvenes había efectuado una maniobra de reanimación a la desesperada intentando arrancarlo, pendiente abajo, en la cuesta de Trendera. Lo que sucedió, al parecer, es que, llegado al final del asfalto, el vehículo no emitió el menor aliento, por lo que le dieron por muerto, bien sea por falta de gasolina o por parada cardíaca.

Lo que no sé es cómo demontres —elijan ustedes la interjección— llegó el coche azul Z-1877-AS desde la parte baja de la cuesta de Trendera hasta el pretil de la valla de casa, si lo hizo por su propio pie, sus propias ruedas, más bien, cosa inverosímil para un finado, o si fue llevado en solemne procesión a su actual destino por un grupo de devotos.

El desconocimiento de estos detalles relativos a la conducción del cadáver y su depósito en lugar tan inadecuado como la verja de mi residencia vacacional no hace sino incrementar mi inquietud sobre la influencia perniciosa que pueda ejercer este coche fantasma, ansioso por hallar su morada eterna, en mi propio coche, recientemente herido por un animal salvaje y sancionado por aparcamiento indebido.

EL NORTE

Trito, un vecino amante del arte y la cultura, está realizando un mosaico con trozos de baldosa al estilo de los que Gaudí hizo en el parque Güell. No es ni mucho menos el primer mosaico realizado por este artista aficionado. De hecho, su propiedad está rodeada por una serpiente multicolor que decora y embellece la austera decoración del pueblo. En su última obra se adivina un mar donde juegan los delfines y una línea de costa donde predominan los paisajes verdes del norte peninsular. Allí, como si fuera un faro, el autor ha colocado una *I* mayúscula y una flecha que indican el norte. La *I* es la inicial de *iparra*, que significa ‘norte’ en euskera. Aparece igualmente un yelmo en el acantilado, cuyo significado deja el autor a la interpretación del observador ocasional.

Debo reconocer que el resultado de la obra artística me gusta, y me *like* mucho, pero ese espíritu crítico que Dios o el diablo me ha dado, o quizás los efluvios del vino que acompaña mis tertulias vespertinas, me impelió a sacar mi móvil, abrir la aplicación de la brújula y comprobar si la *I* mayúscula marcaba la orientación correcta.

Pues, bien, sea por efecto de la nocturnidad o del vino, resulta que mi brújula señalaba que en el mosaico había una leve desviación de la *I*. No hubiera tenido ninguna trascendencia mi intromisión si no hubiera sido porque el autor del mosaico oyó mi comentario y me dijo en bromas que el que tenía la brújula desviada era yo. Yo me envalentoné, también en bromas: «¿Mi brújula desviada? Es tu *I* la que está desorientada». Y no llegó la sangre al río porque en verano el río Trayas, por no llevar, no lleva ni agua, y, sobre todo, porque somos gente civilizada y aún no hemos perdido el norte.